

y para el Sur, el dominio de Toledo, y de ahí vendrá el hecho, muy significativo, pero apenas advertido, de que la reconquista de Madrid se efectuara como previa e indispensable operación del asalto de la antigua capital visigoda, en tanto que, a retaguardia y de flanco, Alfonso VI dejaba audazmente a otras posiciones tan arreciadas como las de Alcalá la Vieja y el fuerte Castillo de Oreja, cuya posesión no se alcanzará hasta treinta años después, bajo el reinado de Alfonso VII, el Emperador.

Los historiadores madrileños han pretendido dar noticia de la condición y calidad de tales defensas, incurriendo en notorias exageraciones en lo referente al recinto murado de la villa, al que dotan de una cantidad de torres y de puertas, imposible de aceptar en el reducido perímetro que le conceden. Pero, por algunas de las calificaciones, de antiguo y comúnmente traídas, cuya unanimidad parece obedecer a seguras y positivas referencias, puede llegarse a creer en la eficacia de aquel recinto mulsumán, que con sus torres «caballeras», las «albarranas» de Narigües y de Gaona, las aparentes «buheras» de la Puerta de la Vega y las «cavas» y «correderas», cuyo trazado y composición se anuncia todavía en la toponimia madrileña, acreditaba su fuerza.

Del alcázar no se poseen otros restos que los que puedan existir debajo del Real Palacio, cuyo desarrollo, aproximadamente, compartió, lo que, con su admirable situación y algunos otros caracteres, conocidos por los documentos gráficos—planos y grabados—que se poseen, anuncia por sí solo su importancia y aquella inexpugnabilidad de que dió muestra y que le concedía el Hymyari. Alzado sobre altos y desnudos escarpados, ahora inadvertidos, y constituido, según los citados viejos grabados todavía nos enseñan, por dos fuertes recintos superpuestos, ampliamente torreados, debía componer una imponente ciudadela, aislada del resto de las defensas y cubierta en su frente más vulnerable, que era el del poblado, tanto por el barranco en que, según todos convienen, 'ahora se sitúa la plaza de Oriente, como por el propio cerco de la villa. De ahí la dificultad de ser allanado, aun cuando la población sucumbiera, y de que todos los ataques se realizaran por la parte del río, donde el «Campo del Moro» señala el campamento de las huestes almorávides del vencedor de Azagala y de Uclés.

La primitiva ciudadela, del siglo IX, debió ser, sucesivamente, reconstruida y alterada a partir de la conquista de 1083. Esa es la razón de la pintoresca mezcla de elementos que las antiguas reproducciones enseñan, con torres de diversas plantas y alturas, notablemente acumuladas hacia la vega. Algunas de esas torres—verbigracia, las de trazado rectangular—debían